

CLORO. Arbol que en el Paraíso
de vida da fruto eterno,
en quien el racimo tierno
su licor exprimir quiso:
mostrad agora que en vos
nuestra ventura hemos visto.
(Pónenla sobre Lisinio, y éste resucita.)

LISINIO. No hay más; Dios es Jesucristo ¹;
Cristo es verdadero Dios.

JUDAS. Y yo cristiano desde hoy,
IRENE. Yo la ley de Cristo sigo.

CLORO. Yo de sus glorias testigo.

ELENA. Y yo mil gracias le doy.

LISINIO. Yo con penitencia larga,
Cruz, por vos adquiriré
el bien que perdí sin fe.

ELENA. Mi devoción, Cruz, se encarga
de haceros un templo tal,
que no iguale á vuestra iglesia
la antigua fábrica Efesia,
ni el de Delfos le sea igual.

CLORO. Llevémosla entre los dos
al Calvario, donde esté,
pues en él, señora, fué
el triunfo y muerte de Dios.

ELENA.

Con vuestro hallazgo, soberana planta,
granjó nuestra dicha la riqueza

¹ «No hay más Dios que Jesucristo».

de más valor, más precio y más grandeza
que de Alejandro Grecia finge y canta.

CLORO.

Yo, señal misteriosa y sacrosanta,
os pienso colocar en mi cabeza,
cifrando en vos mi vida ¹ y fortaleza,
dando á mis sucesores dicha tanta.

ELENA.

No os tiene que dejar, preciosa oliva,
palma, cedro y laurel, mi justo celo,
pues deposito en vos el bien que he visto.

IRENE.

La Cruz de Cristo viva.

TODOS.

¡La Cruz viva!

CLORO.

Arbol del mejor fruto, Iris del cielo.

TODOS.

¡Viva la cruz adonde murió Cristo!

CLORO.

Ya su hallazgo hemos ² visto:
á su triunfo os convida
y aquí da fin *El árbol de la vida* ³.

¹ «imperio».

² En el original «habemos». En el ms. «habéis».

³ «y demos fin al *Árbol de la vida*».

EL MELANCÓLICO

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

LEONISA, pastora.
FIRELA, *idem*.
CARLÍN, pastor.
ROGERIO, duque.
EL DUQUE DE BRETAÑA
FILIPO, caballero.

ENRIQUE, conde.
CLEMENCIA, duquesa.
PINARDO, viejo.
UN PAJE.
RICARDO.
MÚSICOS.

Representáronla los Valencianos ¹.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

LEONISA y FIRELA, pastoras, con lios de ropa en las
cabezas.—CARLÍN, pastor.

FIRELA. Carlín, déjanos aquí:
no seas siempre pelmazo.

CARLÍN. Pues ¿qué importaba un abrazo,
si ves cuál ando tras ti?

FIRELA. ¿Cuál andas?

CARLÍN. Cual te dé Dios
la salud: ando cual ves.

FIRELA. ¿Cuál andas?

CARLÍN. Ando en dos pies,
porque andas tú en otros dos.

FIRELA. En cuatro fuera mejor,
que eres un asno.

CARLÍN. Si tratas
de que ande, Firela, á gatas,
á patas anda el amor,
que es niño, aunque canas tién.

LEONISA. Déjanos ir á lavar,
que es tarde.

CARLÍN. Pues no han de hablar.

LEONISA. Déjale, Firela, y ven.

CARLÍN. ¡Válgame Dios! ¿También ella
rezonga? Pues venga acá:
¿qué cuenta al cura dará
después, mi pastora bella,
si por no amarme me mata?

FIRELA. ¡Oh, qué pesado que estás!

CARLÍN. El quinto, no matarás:
no matéis, Firela ingrata,
con desdén á las criaturas,
que tenéis, aunque gallarda,
mucho, Firela, de albarda
en esto de her mataduras.

FIRELA. Mira que estamos cargadas
con los lios de la ropa.

CARLÍN. Si no más de en eso topa,
¿hay son soltallo, y sentadas
escuchar la arenga larga
de mi amor? Soltaldos ¡ea!,
que lo que el amor desea
es echarse con la carga.
Lejos está el lavadero;
escuchad mis desvarios,
y yo os llevaré los lios.

LEONISA. Oye aqueste majadero,
porque la ropa nos lleve
y acabe ya de cansarte,
que tengo á solas que hablarte.

FIRELA. Vaya.

CARLÍN. Vaya.

¹ Los famosos hermanos cómicos, Juan Bautista y Jerónimo Valenciano.

FIRELA. En breve.
CARLÍN. En breve.
Mi burro y yo...; no va bien, que el burro no ha de ir delante: yo y mi burro...; ¡qué ignorante! Cuantos á un borrico ven cargado ¿no es cosa clara que lleva al dueño tras sí dándole de palos?

FIRELA. Sí.
CARLÍN. Pues llevando yo la vara con que dalle, cuesta arriba y cuesta abajo, á compás, llevándome á mi detrás, el burro delante iba.

LEONISA. ¿Y eso importa para el cuento?
CARLÍN. ¡Válgame Dios! De aquí arguyo que es bien dalle lo que es suyo también al pobre jumento.

FIRELA. Pasa adelante.
CARLÍN. ¿Quién? ¡Yo! Si adelante he de pasar, no querrá el borrico andar, porque si detrás no vo se me aleva al primer paso, que es bestia de mucho tiento.

FIRELA. Que pase adelante el cuento, te digo.
CARLÍN. Vamos al caso. La borrica del barbero, que venía del molino, luego que vió á mi pollino, (no sé yo quien vió primero á quien.) Mi burro bajaba, y la borrica sôbia; la vista el burro ponía en cada paso que daba. La burra, al sobir la cuesta, no le debió de mirar, porque nunca suele alzar los ojos, que es muy honesta.

LEONISA. Acaba ya.
CARLÍN. No se aburra; mas diga: cuando se ven, ¿quién mira primero á quien, amándose, el burro ó burra?

FIRELA. Ambos á dos, si en tal caso es igual la voluntad.

CARLÍN. Por Dios que decís verdad; así hué: vamos al caso. El burro, como se pica de cortesano, al pasar, á la burra hizo lugar; mas dijole la borrica:— «no pasaré, ciertamente; pase vuesa botriquencia.» Dijo él:— «no hare en mi conciencia.» Yo, que estaba ya impaciente, alzando la vara y voz, le di un palo entre las cejas; y ella, alzando las orejas, le dió al borrico una coz tal, que ha menester braguero, porque está el pobre quebrado. El alcalde ha sentenciado que la burra del barbero, si mi burro lo consiente,

con él tién de desposarse, porque el dar coz es casarse por palabras de presente. Mas yo por eso no paso.

FIRELA. Pues eso ¿qué tién que ver, bestia, con darme á entender el tu amor?

CARLÍN. Vamos al caso. El dar cozes, ¿no es, Firela, querer desposarse dos? Dadme, pues, una coz vos, con botín ó con chinela; cuéstemme una quebradura (aunque os estará á vos mal) que con esto no habrá tal como ahorrar de baile y cura; pues si por pleito se saca, venimos los dos á ser tan marido y tan mujer como Adán y doña Urraca. Y porque no es para más y voy á buscar amigos, deste concierto testigos, porque no os volváis atrás, los ligs que os prometí llevo á la huente veloz; mas mirad dó dais la coz, no os quejéis después de mí.

(Vase con los ligs.)

ESCENA II

LEONISA y FIRELA.

LEONISA. Es un tanto; déjale; no hagas caso dél, Firela, que cosas de más caudal te quieren decir mis quejas. Ese Rogerio, aquese hombre que tiene el alma de piedra en cuerpo de hueso y carne, descuidado me desvela. Ese, que todo lo sabe, y haciendo del campo escuelas, le llaman Fénix los sabios en las armas y en las letras, desdeñoso, presumido, con saber todas las ciencias, ignora las del amor, que son las que el alma precia. Bien sabes tú, mi pastora, que me da nombre esta sierra verdadero, de cruel, si mentiroso, de bella. Aunque entre frisa y sayal nací, serrana grosera, en cuerpo humilde y villano, aposento un alma reina. Caudalosos ganaderos juran (podrá ser que mientan) que el alma les tiranizo cautiva do sus potencias. ¿Qué Abril de la juventud no me ofrece, si no pecha entre esquilmos de intereses tributos de gentilezas?

¿Qué tálamos de deseos no son tímulos que enseñan de desdenes homicidas esperanzas ya funestas? ¿Qué tronco no es ya letrado á puras cifras y empresas, libros de la voluntad, del sencillo amor imprentas? ¿Hay fuente que no murmure mi rigurosa aspereza? ¿Prado que no me retrate? ¿Eco que no me dé quejas? Pues á todos soy ingrata. Sólo agradecida, necia, á un hombre sabio, ignorante, que enamorando atormenta.

FIRELA. Rogerio, Leonisa mía, que en tantas cosas diversas se ocupá, no da al amor ociosa deidad, licencia. Es padre suyo Pinardo, y sucede en la herencia destas fértiles montañas, que rústicos pueblos cercan. Tenemosle por señor, y como tal le respetan los frutos de aquestos valles, que siempre le pagan renta. No querrá humillar el alma á pastoriles bellezas, que entre sayales vasallos se ensoberbece la seda. Hale enseñado su padre todas sus armas y ciencias, porque le herede su ingenio como el estado le hereda. Las letras, según el cura, causan al sabio soberbia. Sabio es Rogerio; ¿qué mucho, si lo es, que se ensoberbeza? Tú, si bien la más hermosa, eres hija de una aldea, pajiza choza tu casa y tu dote cien ovejas. A la sombra de las canas que obediente reverencias, mil aldeanas te envidian, mil zagales te desean. ¿Qué Abril hay que en flor y en rama no te entapice la puerta? ¿Qué Mayo en gigantes mayos que á tu puerta no amanezca? Quiere á quien te quiere bien, é imposibles locos deja, que del brocado y sayal nunca se hizo buena mezcla.

LEONISA. Eso diselo tú al alma; verás, am ga Firela, qué de cosas te responde en mi abono y su defensa. ¿El amor no es fuego?

FIRELA. Si.
LEONISA. ¿Y éste, por naturaleza, no sube lo más arriba que es posible hasta su esfera?

FIRELA. Así será, pues que tu lo afirmas, que eres discreta.

LEONISA. ¿Pues qué importa que esté el fuego cebado en la tosca leña ó en la despreciada paja? ¿Por eso es razón que pierda su inclinación generosa y que el subir no apetezca? Pues ¿qué importa que mi amor, cebado en alma grosera, humilde sujeto abraçe si experimento en mi mesma que á pesar de mi ser tosco, subir al valor intenta de Rogerio, noble y rico, que es centro donde sosiegal Todas las almas, amiga, son iguales: la materia de los cuerpos solamente hacen esa diferencia. Alma noble me dió el cielo. No te espantes si con ella el amor, fuego con alas, intenta subir y vuela. A Rogerio he de adorar.

FIRELA. Basta, que estás bachillera, después que en Rogerio sabio tus esperanzas alientas. Vamos á lavar agora, por ver si en la fuente templas ardores tan desiguales.

LEONISA. No hayas tú miedo que pueda, que es poca el agua del mar.

FIRELA. Los serranos que desdeñas, ¿qué han de hacer, si no los amas?

LEONISA. Que pues padezco, padezcan. (Vanse.)

ESCENA III

ROGERIO, GALÁN, y PINARDO.

PINARDO. Ya no tengo que enseñarte: en la esgrima tu destreza, junto con tu fortaleza, retratan en ti otro Marte; la pintura verá su arte eternizada por ti; las liciones que te di en la música, maestro te han de llamar del más diestro, cifrándole Apolo en ti. Sútíl dialéctico estás; docto en la filosofía; sabes de la astrología lo que es lícito y no más. Metafísica podrás enseñar á quien la enseña; y aunque una parte pequeña sabes de la arquitectura, por ti Vitrubio asegura el renombre que en ti empeña. Versos haces extremados, los que para un cuerdo bastan; que los que á resmas los gastan no están ya bien opinados. Los términos no excusados de la Corte, en que publiques, cuando al palacio te apliques, lisonjas, estudiado has:

no falta, Rogerio, más de que cuerdo los platiques. Si al padre se debe el ser, y al maestro el ser de hombre, y en ti de uno y otro el nombre, Señor, te llego á deber, ¿cómo podré agradecer el doble ser que te debo? Por padre, á darte me atrevo gracias de eternos loores, mas por maestro, mayores, pues que me engendras de nuevo. Dichoso yo, que traslado vengo á ser de original como el sol universal de tanta ciencia adornado. Mil cosas me has enseñado, que, como dices, quisiera que alarde dellas hiciera mi estudio, y tu nombre claro: que encierra el oro el avaro, y el noble le ostenta fuera. ¿qué aguardas, padre, en llevarme á la corte?

PINARDO. Aun falta más; que puesto que docto estás en todo, y puedes honrarme, temo desacreditarme por otra parte.

ROGERIO. ¿En qué modo, si á tu gusto me acomodo?

PINARDO. Aunque tan sabio te sienta, voluntad y entendimiento componen un hombre todo. Y puesto que sea verdad que al entendimiento debes las letras con que te atreves á cualquiera facultad, no sé que la voluntad en hombre te constituya, pues es tan seca la tuya, que muestras por experiencia que te falta esta potencia porque tu ser te destruya tu juventud tan florida. Cuando estímulos de amor, desde el Rey hasta el pastor, dan á sus incendios vida, tú, que imagen esculpida de bronce debes de ser, ¿has podido defender de apacibles tiranías el alma, si en piedras frías se puede amor encender? ¡No te viera yo s quieta (no digo amar) mas gustar de ser visto y de mirar alguna cara hechicera! ¡Alguna vez no te viera hurtar del estudio ratos, y en los hermosos retratos, del cielo de amor despojos, tal vez descuidar los ojos, que ya blasonan de ingratos! ¿Cómo podré yo atreverme que vaya á la corte un hombre (si es que merece este nombre)

quien entre las llamas duerme? Voluntad que allá no enferme, no es cortés; esto es verdad; ni es bien que en tu sequedad lleves, por hacerme agravio, un entendimiento sabio y una idiota voluntad.

ROGERIO. Aquí, señor, no hay sujeto en que lograr esperanzas, ni entre groseras labranzas mi amor halla igual objeto. Si me tienes por discreto, y amor es similitud, ¿por qué culpas la quietud que en mi libertad desprecias? ¿Es bien que serranas necias malogren mi juventud? Viva el alma libre y franca, pues en su estudio me alegra.

PINARDO. Ensayar la espada negra suele hacer diestra á la blanca. Nunca tras el toro arranca quien no ensayó su valor en el novillo menor; y un discreto, si lo ignoras, llamaba á las labradoras, espadas negras de amor. Si el filósofo admirable llamó animal racional al hombre, Platón, su igual, le llama animal sociable. El que no es comunicable no es hombre, según Platón, y siguiendo su opinión, te hará tanta sequedad bruto por la voluntad, aunque hombre por la razón. Si ver la corte pretendes, como aprendiste á saber, también aprende á querer, que en verte un mármol me ofendes. Ama del modo que entiendes más apacible y humano, porque en el palacio, es llano que gradúa el menosprecio, al más docto por más necio, si es sabio y no es cortesano. (Vase.)

ESCENA IV

ROGERIO, solo.

Entre el amor y el desdén, mal la ciencia se conserva, porque Venus y Minerva jamás se llevaron bien. Ojos que hermosuras ven contra pasiones confusas, no hallan á su daño excusas, pues su ocupación distinta, deshonesta á Venus pinta, y virgenes á las Musas.

ESCENA V

ROGERIO y CARLÍN, que aparece mojado y lleno de jabonaduras.

CARLÍN. ¡Ay, cuál vengo! amor, no más. ¡Huego de Dios en tal dios!

Yo me acordaré de vos.

ROGERIO. Pues Carlín ¿á dónde vas?

CARLÍN. ¡Ayl! nuesamo el mozo. A echarme catorce bizmas.

ROGERIO. ¿Caiste?

CARLÍN. En la cuenta ó en el chiste. ¿De amor, podréis escucharme cuatro gruesas de razones?

ROGERIO. ¡Qué tales ellas serán!

CARLÍN. Y dichas. Pues fama os dan que sabéis por seis salmones, ¿una traza no podréis darme, con que de Firela, que es tramposa y me desvela si no me ama, me venguéis?

ROGERIO. ¿Yo?

CARLÍN. Porque no me reproche. De amor no sé jugar treta.

CARLÍN. Pues yo conozco poeta que compra trazas de noche. ¿Qué te ha sucedido?

ROGERIO. Estaba en la fuente, gorda y lucía lavando, que lo que ensucia mi amor, Firela lo lava. Parlaban las compañeras, (que todas nuestras serranas, por lo que tienen de ranas, en el agua son parleras) y dábanle con los mazos en la ropa, que el regalo que dán es jabón de palo, arremangados los brazos. Yo, que topé la ocasión, lleguéme á Firela y dije: «mi amor, que es niño y me afrige, debe de ser pañalón, porque tal vez huele mal cuando triste á casa vuelvo, y el alma donde le envuelvo hace oficio de pañal. Cerapez tién, ¿qué os espanta? lavádmela, si os molesta, que quien con niños se acuesta, ya vos veis cual se levanta.»— «Que mos praxe», respondieron todas, asiendo los mazos... ¡Pardiós! que á puros porrazos las costillas me molieron. Pegaban con tanta acucia, que de miedo el alma helada creyendo salir lavada, ó suda, ó vuelve más sucia. Y á no llegar cortesanos con el Duque en compañía, llenas de volatería como los cascós, las manos, cazando, daban los mazos en la huesa con Carlín. Que ropa de mazo, en fin, muere moza hecha pedazos.

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA.—TOMO I.

Dadme algún remedio vos.

ROGERIO. ¿El Duque ha salido á caza?

CARLÍN. A volar una picaza.

ROGERIO. ¿Aquí cerca?

CARLÍN. Sí, por Dios;

y si no se me trabuca

el meollo, una mujer

machorra, que debe ser,

pues va á caballo, la Duca.

ROGERIO. No hay tal entretenimiento

cual la caza para mí.

Voile á ver.

CARLÍN. Y yo, que ahí

batanada el alma siento,

echarme cien bizmas trazo.

Para el enfermo de amor,

Firela es lindo doctor,

que le cura con un mazo. (Vanse.)

ESCENA VI

El Conde ENRIQUE, CLEMENCIA, ambos bizarros, de caza.

ENRIQUE.

Mientras el Duque caza, y en ejercicios nobles se embaraza, oye, Clemencia mía, desvelos de mi ciega fantasía: darás, árbitro juez, en ellos traza de mi vida ó mi muerte. Veniste de Borgoña á darle á él la mano, á mí ponzoña, y siendo su sobrina, hacerte esposa suya: determina: mas la llama por tierna, en mí bisoña, hechizo de mis ojos, si en él engendra gustos, en mí enojos. Sobrino y heredero soy suyo, y de sus deudos el primero. Su vida es imposible que dilate más tiempo el infalible censo fatal, que en vasallaje fiero, á la tirana ingrata tributa el mozo en oro, el viejo en plata.

CLEMENCIA.

¿Qué sacas de todo eso?

ESCENA VII

Dichos y el Duque, oculto.

DUQUE.

Es vieja la sospecha, amor sin seso, y Enrique con Clemencia, creciendo celos, menguan mi paciencia. Yo soy viejo, ella moza, y él travieso; tras ellos mi sospecha me trae, que amor con celos, siempre acecha.

ENRIQUE.

Si al Duque al fin heredo, y en verde mocedad, Clemencia, puedo en tálamos iguales

1 En el original «mía», errata evidente.

amarte esposo y remediar mis males,
¿cuánto mejor te está gozar sin miedo
de caducos engaños,
florida juventud que helados años?
No ofendas tal tesoro,
ni con fallida plata mezcles oro
de preciosos quilates,
pues cuando al ciego amor coyundas ates,
si bien te quiere el Duque, yo te adoro,
ni tan hermoso espejo
niegue objetos á un mozo por un viejo.

DUQUE.

¡Oh, amante lisonjero!,
no serás, si yo puedo, mi heredero;
que no es bien me suceda
deudo que en vida lo mejor me hereda.
Hijo tengo, retrato verdadero,
que á quien es corresponde.
Pero veamos lo que dice al Conde.

CLEMENCIA.

Enrique, en la tutela
del Duque, que en amarme se desvela,
quedé desde la cuna,
muertos mis padres; y en igual fortuna,
el tiempo de mi edad, que joven vuela,
conoce satisfecho
la poca falta que con él me han hecho.
Duquesa me obedece
Orliens, estado Real; si me apetece
mi tío el de Bretaña;
y el fuego de mi amor la nieve engaña,
que este hechicero amor rejuvenece,
no sé que el gusto mío
admira ver esposo á quien ve tío.
Ataja tú esos daños
y persílade sus nestóreos años,
que yo que le obedezco,
no amante, padre sí, la mano ofrezco,
á quien, cuando consulte desengaños,
el Duque me dedique.

ENRIQUE.

Espera.

CLEMENCIA.

Harto os he dicho, conde Enrique.
(Vase Clemencia.)

ESCENA VIII

El Conde Enrique y el Duque, oculto.

ENRIQUE.

Harto, y tanto, que dudo
si estoy despierto ó sueño. Dios desnudo,
pues que rapaz te llamas,
destierren canas tus sabrosas llamas,
que tu reino jamás sufrillas pudo.
Al Duque desengaña.
Dame á Clemencia, amor; dame á Bretaña.
(Vase.)

ESCENA IX

El Duque, solo.

Ni á Bretaña, ni á Clemencia,
que tengo ya sucesor:
menos impulsos, mi amor;
y mis canas, más prudencia.
La Duquesa ha dicho bien;
no dice mi senectud
con la verde juventud
que en su edad mis ojos ven.
Sucesores deseaba
que legítimos en ella
me herdasen, mas la estrella
que en Rogerio Francia alaba,
me inclina á que de Bretaña
el ducado ilustre herede,
y el conde Enrique se quede
con la opinión que le engaña.
Hijo es mío natural
mi Rogerio, y la prudencia
que hace á mi amor resistencia
le dará mujer igual. (Vase.)

ESCENA X

PINARDO y ROGERIO.

ROGERIO.

Ya he vuelto por la opinión
que perdió mi voluntad
por seca y sin afición;
ya, señor, la autoridad
y sentencia de Platón
puede definirme en hombre;
pues si es animal sociable,
porque en ti el amor te asombre,
una belleza agradable
me ha honrado con este nombre.
Ya estoy tan enamorado
que no sé si vivo en mí.

PINARDO.

¿Tan presto?

ROGERIO.

Es precipitado
amor. Vine, vi y perdí
la libertad, no el cuidado.
Ya juzgaré por mejor
potencia la voluntad
que el entendimiento: Amor,
de su noble facultad
hoy me ha hecho profesor:
desde hoy cursaré su escuela.

PINARDO.

Rogerio, perdido estás.

ROGERIO.

Amor, como es ave y vuela,
llegó presto. Oye, y sabrás
la causa que me desvela.
La caza, ocupación que al noble muestra
del trato militar cifras y sumas,
al Duque trajo á la comarca nuestra.

1 En el original «vives».

que yo solía gozar, porque presumas
que el ver servir al viento de palestra
á escaramuzas de enemigas sumas,
mi natural inclina venturoso,
en ser símil del tuyo generoso.
Emboscóse, perdíle, y á la fuente
del arrayán, guiando amor mi paso,
la humildad contemplaba de su oriente,
la soberbia, ya río, de su ocaso,
cuando vagando amor por su corriente,
corrida su deidad del poco caso
que hacía de sus llamas mi sosiego,
rayos de agua forjó, si antes de fuego.
Una serrana, entre otras lavanderas,
cristales con cristales afrentaba
lavando linos y aumentando esferas
en círculos de plata, que acendrabas.
Espejos eran todos, donde vieras,
que el sol con sus reflejos retrataba,
no ciego, lince sí, bellos despojos,
dando ojos á la ropa y á amor ojos.
Esta es vasalla nuestra, esta es Leonisa,
de libres presunciones vengadora,
que flores crece cuando flores pisa,
perlas produce cuando perlas llora.
Pagaba el agua en sucesiva risa
contactos suyos, más murmuradora
que otras veces, que en ver que no podía
cursos parar, corriendo se corría.
Presas madejas, no de las que á Febo
peina el Aurora, que esas son de oro,
de ébano sí, que estima el uso nuevo,
cabellos negros, no rubio tesoro,
en un jardín de red, cárcel que apruebo,
si es bien tener en la prisión que adoro
grillos de voluntades, que traviesos,
más almas prenden, cuando están más presos.
Blanca gorguera, abierta lechuguilla,
guarnecida de puntas, mejor flechas
que entre limpia camisa, maravilla
será si ves sus pechos, y no pechas.
Ribeteado sayuelo de palmilla
verde en color, azul en mis sospechas,
mangas presas al hombro, cuyo lino
humano fué esta vez con lo divino.
Gozaba el agua lo demás que callo,
puesto que bien pudiera por viriles,
cuando no distinguillo, penetrarlo.
Los ojos del amor, argos sutiles
de mi vasalla, en fin, siendo vasallo,
criminales deseos, en civiles
ejercicios, de estudios ocupados,
á nuevo amor dan ya nuevos cuidados.
No sé lo que le dije, divertido;
mas sé que respondiéndome agradable,
mudó palabras al mayor sentido,
si amor ciego, por ojos es bien que hable.
Tus consejos, señor, he ya cumplido;
hombre soy con Platón comunicable:
no dirás, si intratable daba nota,
que ya me agravia voluntad idiota.

PINARDO.

Ni tanto, hijo, ni tan poco;
ni en amar tan descuidado,
ni de suerte enamorado,
que de libre des en loco.

De dos extremos contrarios
un medio se perficiona;
la sequedad te ocasiona
á efectos extraordinarios,
y el amor que ahora adquieres
en cosa tan desigual,
de tu noble natural
te ha de hacer que degeneres,
á todo pondrás remedio
si ves, que para querer,
el cuerdo no ha de escoger
por fin lo que sólo es medio.
Quita tú de aqueso amor
lo superfluo, y quedará
en buen punto.

ROGERIO.

No será
posible eso ya, señor.
La memoria, que por tarda,
con dificultad aprehende,
lo que difícil entiende,
sin olvidarlo lo guarda.
Yo, que en la memoria tengo
esta vez la voluntad,
si puse dificultad
en amar, y ya prevengo,
prenda, en que mi gusto viva,
al ángel he de imitar
en no saber olvidar,
porque eterno en ella viva.

PINARDO. ¿Hay mudanza semejante?

ESCENA XI

DICHOS y CARLÍN.

CARLÍN. Nuesamo, los dos Duquesos,
con pájaros y sabuesos,
están en casa.

PINARDO. Ignorante:
¿qué dices?

CARLÍN. Que en casa están
los dos Ducos, hembra y macho.
¿Pensará que está borracho?
Pues ya llegan al zaguán.

PINARDO. ¡Válgame el cielo! salgamos
á recebillos.

CARLÍN. ¡Verá!,
de rondón se entran acá.
Boda hay hoy: cena esperamos.

ESCENA XII

DICHOS. Salen por una puerta el DUQUE, CLEMENCIA
y ENRIQUE. Por otra, LEONISA y FIRREA con lios lle-
nos de flores y MÚSICOS con vestimenta de labra-
dores.

MÚSICOS. Que el clavel y la rosa
¿cuál era más hermosa?

UNO. El clavel, lindo en color,
y la rosa toda amor;
el jazmín de honesto olor,
la azucena religiosa.

MÚSICOS. ¿Cuál es la más hermosa?

UNO. La violeta enamorada,
la retama encaramada,
la madre selva mezclada,
la flor de lino celosa.

MÚSICOS. *¿Cuál es más hermosa?
Que el clavel y la rosa,
¿cuál era más hermosa?*

PINARDO. Mucho debe, gran señor,
á vuestra casa esta quinta,
pues por ella aquesta vez
para honrarnos, la visita.

DUQUE. ¡Oh, Pinardo! ya que á vos
de nuestra Corte os retira
la quietud de aquestos campos,
envidiando vuestra vida,
pues no me veis, vengo á veros.

LEONISA. Rogerio, Firela mía,
á pesar de resistencias,
á mi amor añade dichas.
Como te digo, es mi amante.
¿No ves el alma en su vista
con más ojos que pestañas,
porque sus penas me digan?

FIRELA. ¡Qué no podrán los hechizos
de tu gracia, Leonisa!
pues las llamas de tu amor
has cebado en agua fría.

DUQUE. Si tenéis tales serranas,
Pinardo, no es maravilla
que olvidéis telas de Corte
por aldeanas palmillas.
¡Qué curiosas lavanderas!

LEONISA. A lo menos, señor, limpias,
libres de los badulaques
que allá á las damas empringan.

ROGERIO. *(Aparte.)* ¡Ay, serrana de mis ojos!
¡qué bien dices! ¡qué bien pintas
la diferencia que al arte
hacen bellezas sencillas!

CARLÍN. Lavan la ropa de casa,
señor, Firela y Leonisa,
y hay pastor que les da á vueltas
el alma de las camisas.
Pero hay mazo lavandero
que desmenuza costillas
y batana enamorados:
mis espaldas se lo digan.

DUQUE. ¿Qué os parece, mi Clemencia,
las lavanderas?

CLEMEN. Que obligan
á su alabanza los ojos
y las almas á su envidia.

CARLÍN. ¡Oh! pues si lavar las viera
un menudo con sus tripas
y enchir de sangre y cebolla
un obispillo sin mitra,
yo sé, por más que es duqueso,
que, sin buscar gollorías,
á la comida y la cena
no pidiera son 1 morcillas.

PINARDO. Rústico, apártate allá.

DUQUE. Dejalde, por vida mía,
que tiene donaire extraño.

CARLÍN. Principalmente esta niña,
que ahorra de suerte el agua,
que hizo un vientre el otro día

1 En el texto y en la edición de Hartzenbusch «is»,
pero es errata evidente.

DUQUE. sin gastar más de un caldero:
¡mirad si es barata y limpiál
¿Este mancebo quién es?
(Por Rogerio.)

PINARDO. Mi hijo, y en quien se cifra,
gran señor, mi sangre y casa.

CARLÍN. Perdiósele el otro día,
señor, la escofieta al cura,
que hay quien dice que tien tiña,
y con Firela cenando,
la halló dentro una morcilla.

ROGERIO. Deme los pies vuestra alteza.

DUQUE. *(Aparte.)* ¡Cielos! ¿No fuera injusticia
á tal presencia negalle
mi sucesión, siendo digna
de la corona de Francia?
Mi hijo es, y imagen misma
de la prenda milagrosa
que en el cielo estrellas pisa.
Alzad. ¿Cómo es vuestro nombre?

ROGERIO. Gran señor, Rogerio.

DUQUE. *(Aparte.)* Admita
Bretaña por su señor
tan heroica gallardía,
que Enrique no lo ha de ser.

ROGERIO. *(Ap.)* Suspense el Duque me mira.

DUQUE. Pues no ha de heredarme en muerte
quien piensa heredarme en vida.
Pinardo, ya que las canas
licitamente os jubilan
de la asistencia en mi corte,
Rogerio es bien que la siga.
Conmigo quiero llevarle.

ROGERIO. ¡Ay, cielos!

LEONISA. ¿Qué es esto, amiga?
¿hoy amada y hoy ausente?

FIRELA. Quien bien ama tarde olvida.

PINARDO. Ha cumplido vuestra alteza
en esa acción con distintas
esperanzas y deseos.
Lo primero con las mias,
viendo que en 1 Rogerio puede
daros mi vejez prolija
traslado de original,
que mi fe y lealtad imita.
Y con las suyas, señor,
porque de suerte se inclina
á serviros en la corte,
que importuno cada día
mi tibieza reprehende.

ROGERIO. *(Aparte.)* ¡Ay, serrana de mi vial
¡Ojalá que estas verdades
no fueran por ti mentiras!
Pretendí ser cortesano
antes de verte: ya vista,
la corte será desierto
que ausente de tí 2 me aflija.

DUQUE. Hoy, Rogerio, según esto,
vuestra esperanza es cumplida.
Trocáis por la corte, campos,
y por palacios las quintas.

ROGERIO. Honrándome vuestra alteza
por tan clara mejoría,

1 Suplido este «en».

2 En el original «de mis».

DUQUE. ¿Qué es tan sabio? ¿que es tan diestro?

PINARDO. Es, gran señor, copia y cifra
de tus hazañas y letras.

ENRIQUE. No querrá el amor que viva
para dilatar mi gloria,
y dar á tu edad florida
el Enero de sus años,
que la tuya esterilizan.

CLEMEN. Dele Dios, Enrique al Duque
salud con tan larga vida,
como en mi crecen deseos
de que en su amor no prosiga.

LEONISA. En fin, Rogerio, ¿os partís?

ROGERIO. Luego que yo vi, Leonisa
mi primero amor en agua,
pronostiqué su ruina.
¡Qué fácilmente se enturbian
sus esferas cristalinas!
¡Qué fácil desaparecen,
dando á sus corrientes prisa!

LEONISA. No dista mucho la corte
destas soledades.

ROGERIO. Dista
lo que basta para estorbo
de verte yo cada día.

LEONISA. Cazas hay que amor inventa,
garzas nuestros montes crian;
amor es todo ocasión
si la ausencia no la entibia,
si vos la buscáis, Rogerio,
yo haré también de las mias
para iros á ver allá.

ROGERIO. Cumple tú eso, Leonisa,
volverás el alma á un muerto
y verás que resucitan
las veces que á verme fueres,
mis esperanzas marchitas.

LEONISA. Ya querréis otra.

ROGERIO. ¿Yo, á quién?

LEONISA. Hay allá damas que pisan
plata en corcho coronados.

ROGERIO. De su mudanza me avisan.

LEONISA. Arrastran telas.

ROGERIO. ¿Qué importa?

LEONISA. ¿Pues qué estimáis vos?

ROGERIO. Tu frisa.

LEONISA. ¿Más que el brocado?

ROGERIO. ¡Pues no!

LEONISA. ¿Por qué, si es tosca?

ROGERIO. Es sencilla.

LEONISA. Traen cadenas.

ROGERIO. Son prisiones.

LEONISA. Traen firmezas.

ROGERIO. Son postizas.

LEONISA. Traen diamantes.

ROGERIO. Son engaños.

CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duco os mira.

DUQUE. Casaré con Clemencia,
si el Papa le legitima,
y sucederá en mi estado.

PINARDO. Sola su hermosura es digna
del esposo que la ofrecés.

ROGERIO. ¿Permitirás que te escriba?

LEONISA. Si las cartas son la sal
que conserva amor, ¿quién quita
que no escribáis por instantes?

ROGERIO. ¿Sabes leer?

¿qué interés es despreciar
lo que en sí no tiene estima?

(El Duque y Pinardo á una parte; Clemencia y Enrique á otra; Leonisa con Rogerio también en otra parte, y un poco apartados de estos grupos Carlín y Firela.)

DUQUE. Escuchad, Pinardo, aparte.

ENRIQUE. *(A Clem.)* Creed de mí, hermosa prima,
que si no le persuado,
y el Duque viejo porfia,
he de perder á Bretaña.

CLEMEN. Téngole amor de sobrina,
y aunque le desdeño amante,
no será bien que permita
desacatos licenciosos.

ROGERIO. *(A Leonisa.)* No merecen mis desdichas,
dulce hechizo de mi alma,
duración en su alegría.
Hoy os amé y hoy me parto.
¡Amor y ausencia en un día!
¡Pena y gloria en un instante!
Si no acaban con la vida,
no son efectos de amor.

LEONISA. Sin vos, Rogerio, la mía,
que ha tanto que sustentaba
su esperanza en vuestra vista,
peor lo habré de pasar;
que vos, en fin, cuya herida,
por nueva no es penetrante,
presto hallaréis medicina.
¿A qué desierto os partís
sino á la corte, en que habitan
entre hermosuras y engaños,
amorasas tiranías?

ROGERIO. ¡Pobre de quien sola queda!
¿Borran años, prenda mía,
señales que en un instante
el rayo en bronce eterniza?
¿Pueden injurias del tiempo,
memorias de las ruinas
que á Troya han dado tragedias,
aniquilar, ni aun cenizas?
¿Pues por qué rayos de amor
no quieres que eternos vivan
en una voluntad bronce,
que victoriosa conquistas?
Inmóvil soy á mudanzas.

LEONISA. Que se cumpla y no se diga
es, Rogerio, lo que importa.

ROGERIO. ¿Qué temes?

LEONISA. Circes que hechizan.

ROGERIO. Ulises soy.

LEONISA. Todo engaños.

ROGERIO. Tú me agravias.

LEONISA. Tú me olvidas.

ROGERIO. ¡Yo! ¿Cómo?

LEONISA. Como te ausentas.

ROGERIO. En tí me quedo.

LEONISA. ¿En mi misma?

ROGERIO. Sí, mi bien.

LEONISA. ¡Ay, que eres hombre!

ROGERIO. Hombre y firme.

LEONISA. ¿Quién lo afirma?

ROGERIO. Quien te adora.

LEONISA. Jura.

ROGERIO. Juro.

CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duco os mira.

LEONISA. La cartilla
de tu amor, donde comienzo
el A B C de mis dichas;
ROGERIO. ¿Y escribir sabrás?
LEONISA. También;
pues siendo de amor pupila,
plumas serán pensamientos
y lágrimas darán tinta.
ROGERIO. ¿De quién podremos fiarnos?
LEONISA. De Carlín, cuyas malicias
son en toda aquesta sierra
sin perjuicio y de risa.
ROGERIO. En fin, ¿no me olvidarás?
LEONISA. Amor labrador no olvida.
ROGERIO. ¿Serás firme?
LEONISA. Seré bronce.
CARLÍN. ¡Arre allál que el Duco os mira.
DUQUE. Ya me parece que es hora
que nos partamos, sobrina.
Traigan, Conde, los caballos.
CARLÍN. Boca abajo el zaguán pisan.
DUQUE. Venga conmigo Rogerio.
PINARDO. Gracias á Dios que cumplidas,
hijo, ves tus esperanzas.
Letras, armas, cortesía
te he enseñado. Si con ellas,
entre enredos y mentiras,
te conservas, bien logradas
serán las liciones mías.
Hágate dichoso el cielo.
ROGERIO. Adios, señor. Mi Leonisa,
esto es partir.
CARLÍN. Con dolores,
porque es parto una partida.
ROGERIO. No me olvidés.
LEONISA. ¿Cómo puedo?
ROGERIO. ¿Trárame á ver?
LEONISA. Cada día.
ROGERIO. Adios.
LEONISA. Adios.
ROGERIO. ¡Ay, mi bien!
CARLÍN. ¡Arre allál que el Duco os mira.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

El Duque, Rogerio, Clemencia y otros.

DUQUE.
Ya estás legitimado,
y por sucesor mio declarado
en Bretaña, que estima
las partes con que el cielo te sublima.
Ya yo, cansado y viejo,
seguro de tus letras y consejo,
en tus hombros alivio
el peso del gobierno que no envidia,
sino ociosos descansos
de cazas leves y de libros mansos,
porque en vejez lograda
me manda el tiempo jubilar la espada.
Clemencia es mi sobrina,
en hermosura y discreción divina;
del de Borgoña hermana,

de Orlens Duquesa, que apacible y llana,
mientras Roma dispensa,
sólo en amarte, como á dueño piensa,
juzgando á gloria inmensa el bien que gana.
Rogerio, ¿pues qué es esto?
¿Tú, triste agora, cuando manifesto
secretos que ha tenido
el tiempo en las entrañas del olvido?
Cuando sólo creías
heredar las groseras alquerias
que viste el sayal pardo,
hijo de un Duque ya, no de Pinardo,
en posesión segura
del estado bretón, donde te jura
por señor la nobleza,
¿melancólico tú? ¿Tú con tristeza?
Pudiera hacerte agravio,
á no llamarte tus estudios sabio,
creyendo que echas menos
montes de riscos y de encinas llenos,
rústico por costumbre,
y que te da la corte pesadumbre,
el palacio tristeza,
y bárbaro disgusto esta belleza:
que aunque ilustre has nacido,
podrás, como entre montes has vivido,
de la costumbre hacer naturaleza.

ROGERIO.

Las razones que alegas
contra el tropel de mis pasiones ciegas,
á mi tristeza añaden
grados, señor, que más me persuaden
á la melancolía
que ocupa mi confusa fantasía.
Estaba yo contento
con un mediano estado, fundamento
de la alegre esperanza
que intenta malograr esta mudanza;
ni pobre jornalero,
ni privado en la corte lisonjero,
mas con la medianía
que Salomón, prudente, á Dios pedía;
porque ni la pobreza
deja volar ingenios, ni la alteza
que estriba en la abundancia,
se escapa de soberbia é ignorancia:
pues sólo hallan remedio
estos extremos en el quinto ¹ medio
que forman la bajeza y la arrogancia.
Era mi pasatiempo
los libros y las armas, contra el tiempo
que el ocio necio pierde:
ya el agua, el viento, y ya el campo verde,
midiendo auroras frescas
con envidiosas cazas y con pescas;
y mientras estudiaba,
agradecido al cielo, me preciaba,
que á pesar de la herencia
en que en el mundo estriba la potencia
de necios opulentos,
que llamo sabios yo por testamentos;
yo con la industria mía,

¹ Así el original y Hartzenbusch; pero debe de ser
ejustos.

lo que no á la fortuna, le debía
á la naturaleza,
ambicioso de fama y de grandeza
no heredada, adquirida
con noble ingenio y estudiosa vida,
que ilustra más la personal nobleza.
Agora, pues, que veo
frustrados mis estudios y deseo,
y que en fe desta herencia
no hay entre mí y el necio diferencia,
pues fortuna inconstante
con riquezas me iguala al ignorante,
¿no te parece justo
que cuando adquirero estado, pierda el gusto,
viendo, como soldado
en la paz el ingenio reformado?
A pocos poderosos
he oído celebrar por ingeniosos,
que en ellos, de honras llenos,
es el ingenio lo que vale menos.
Y así siento, ofendido,
tener en menos lo que más ha sido,
pues creará quien me jura
que no es sabio quien tiene tal ventura;
y si es así ¿en qué precio
tendré este estado, en opinión de necio,
contra el ingenio que volar procura?

DUQUE.

Toda melancolía
ingeniosa, es un ramo de manía,
y no hay sabio que un poco,
si á Platón damos fe, no toque en loco.
En ti lo verificas,
sintiéndolo del modo que lo explicas.
Feliz Platón llamaba
el reino donde el Rey filosofaba.
¡Mira tú cuán opuesta
es la opinión que triste te molesta!
Probarás cuán suave
es el gobierno para aquel que sabe,
y en medio la experiencia,
la divina hermosura de Clemencia
será como instrumento
que divierta tu triste pensamiento.
Sus discursos reprime,
que suele hacer más mal el más sublime,
pues tal vez daña el mucho pensamiento (Vase.)

ESCENA II

ROGERIO, y CLEMENCIA.

CLEMEN. Si como yo os tengo amor,
ventura también tuviera
para alegraros, señor,
contento Bretaña os viera
y á mi con gusto mayor.
Mas si para divertirlos
os pueden ser de provecho
propósitos de serviros,
deseos de un firme pecho,
y de un alma fiel, suspiros,
toda yo en vos empleada
os me ofrezco, dedicada
al templo de vuestra fe:
vos sois mi sol, yo seré

nube por vos ayudada.
Si estáis triste, en la tristeza
se entretendrá el alma mía,
que ya á imitaros empieza;
si alegre, hará mi alegría
alarde de esa belleza.
Seré, en fin, espejo fiel
que en todas las ocasiones,
sin colores ni pincel,
retrate hasta las acciones
vuestras, mirándoos en él.
ROGERIO. Perdóneme vuestra alteza,
que merece su belleza
un gusto más sazonado
que el mío, agora asaltado
desta enfadosa tristeza.
Para mejor ocasión
guardo el agradecimiento
que debo á tanta afición,
cuando el amor y el contento
pongan el gusto en sazón.
Y entretanto dé lugar
á que sin más compañía
que mi descortés pesar
ceda á la melancolía
el derecho del amar.

CLEMEN. No tengo más gusto yo
que el vuestro. Ahí mi amor llegó (Ap.)
de la esfera de mi cielo
la llama, que envuelta en yelo,
abrasándome me heló.
Esta sequedad adoro,
este entendimiento estimo,
deste mármol me enamoro,
y amando me desatino,
porque si sospecho, ignoro.
Discreto que tanto sabe,
triste sin más ocasión
de la que alega, no cabe
en buen discurso y razón.
Celos, falsead la llave
de su escondido secreto,
y aunque perdáis el respeto
al recato y al temor,
sabed si es la causa amor,
porque llore yo el efecto.
Mi sospecha temerosa
sacara á sus desvelos,
pues son, pasión amorosa,
inquisidores los celos
que no se les pierde cosa. (Vase.)

ESCENA III

ROGERIO.

Todo esto es, Leonisa mía,
con sofisticas razones,
buscar necias ocasiones
para mi melancolía.
Si yo no te viera el día
que perdí mi libertad,
fuera esta prosperidad
el colmo de mi contento:
ya sin ti, será tormento
la más regia voluntad.
Perdite; ya no es posible,